

# ESQUEMA DE UNA SOCIOLOGIA DE LAS CHICAS DE SERVIR

*A Ana, que me llevó en brazos.*

La presente nota no tiene una intención bromista de dudoso gusto. Según el censo de 1940, el número de mujeres que en España se dedican al servicio doméstico alcanza la cifra de 332.838, lo que significa el 1,28 por 100 de la población, cuota superior a la del resto de las profesiones y oficios, a excepción de las dedicadas a la agricultura (1). Se trata, pues, de un fenómeno social cuantitativamente importante. En el aspecto cualitativo apenas es necesario remarcar su significación: su existencia va asociada a unas formas específicas de vida familiar, a la vez que se trata de un grupo profesional inexistente o en curso de extinción en otros países. Del interés que el estudio del servicio doméstico ha despertado en el extranjero puede darse cuenta quien se moleste en consultar el artículo correspondiente en la *Encyclopedia of the Social Sciences*.

## I. DEFINICIÓN

**E**NTIENDO por «chicas de servir» aquellas mujeres que prestan servicios domésticos a una familia de clase media urbana a cambio de una remuneración precisa y periódica y que viven bajo su mismo techo. Quedan, pues, simultáneamente excluidos de este concepto toda la gama de criados de la aristocracia y de la alta burguesía y la servidumbre doméstica rural, en la que las mujeres asalariadas realizan a la vez faenas domésticas y agrícolas.

En resumen, en el anterior concepto no hemos pretendido otra cosa que formular de un modo preciso aquello que la gente en-

---

(1) Los censos anteriores arrojan las siguientes cifras (de sirvientes femeninos): 1900, 1,40; 1910, 1,39; 1920, 1,36; 1930, 1,42.

tiende comúnmente por «chicas de servir», por «tatas» o por «chachas». Pero con todo, es conveniente diferenciarlas de dos conceptos próximos:

a) La remuneración precisa y periódica diferencia a la «chica de servir» de ciertos parientes pobres que en ocasiones viven en el seno de una familia y efectúan servicios domésticos, pero que no perciben salario, sino alimentos, en el sentido jurídico de la palabra, y en todo caso, remuneraciones imprecisas y no periódicas. Por lo demás, la *condictio* de los parientes pobres en el seno de una familia puede, en casos límites, ser equivalente e incluso inferior al de una chica de servir.

b) La convivencia bajo el mismo techo de la familia dadora de trabajo las diferencia de los obreros y obreras domésticos, que cobran y trabajan por horas o jornadas y que viven en su propio domicilio. Es la nota de vivir en el mismo hogar lo que da carácter específico a la posición social de las «tatas», lo que hace que sus vínculos con los señores no se agoten en el mero contrato de servicios, lo que da lugar a unas formas de carácter orgánico, a una vinculación *sui generis* con la familia, y lo que impide el nacimiento de una auténtica conciencia colectiva entre las «chicas de servir».

## II. SUPUESTOS DE SU EXISTENCIA SOCIAL

La existencia de las «chicas de servir» como fenómeno social extenso descansa sobre los siguientes supuestos:

A) DE ESTRUCTURA ECONÓMICA.—Una industria, especialmente fabril, poco desarrollada, es decir, incapaz de absorber el excedente de población femenina de las clases peor dotadas económicamente, pues, en caso contrario, tal excedente prefiere, en general, el trabajo en fábricas o talleres, por su mayor compensación económica y menor dependencia.

B) DE ORDENACIÓN JURÍDICA.—Una sociedad igualitaria y libre, es decir, sin servidumbre personal —al menos en extensión socialmente apreciable—, que permita la libertad de contratación y que haga preciso recurrir al contrato, ya que en sociedades de ordenación servil el servicio doméstico es llevado a cabo por esclavos o siervos. Así, pues, la existencia de las chicas de servir está, en principio, vinculada a la sociedad burguesa; representa, permítase la

expresión, una relativa democratización del señorío, y quizá no sea aventurado suponer que las «chachas» tuvieron su origen en la ciudad medieval.

C) DE ESTRUCTURA SOCIAL.—Desde este punto de vista la existencia de las «chicas de servir» reposa sobre los siguientes supuestos:

a) Su campo de reclutamiento o de oferta es el remanente femenino de la población campesina pobre. Está, pues, constituido preponderantemente por aquella parte de la población rural que no puede ser alimentada por sus familias, dada la pequeñez de sus patrimonios o la carencia de ellos. Esta población rural remanente está en peores condiciones que su homóloga de la ciudad para optar a otros oficios (obreros de fábricas y talleres, artesanía, camareras, dependientes de comercio, etc.).

b) Su demanda está condicionada por una sociedad en la que la existencia de la clase media reúna las siguientes condiciones:

—una vida de hogar relativamente intensa: apenas ha lugar para el servicio doméstico cuando el marido y la mujer se ven obligados a comer fuera de su domicilio en virtud de la lejanía entre éste y los lugares de trabajo; cuando prefieren diversiones extrañas al hogar, a la vida en el seno de éste; cuando, en fin, la casa se ha convertido en un lugar para pasar la noche o en poco más que el domicilio jurídico.

—escaso desarrollo en la aplicación de la técnica a los trabajos del hogar, pues es claro que la necesidad del servicio doméstico disminuye con los progresos en la electrificación del hogar, que sustituye con ventaja, precisión y comodidad al trabajo humano.

—un nivel económico de la clase media relativamente holgado.

—una vivienda dotada de alguna amplitud y que, consiguientemente, exija, por un lado, cierta aplicación de trabajo para tenerla en forma, y por otro, ofrezca espacio para alojar una o varias personas, además de la familia. Es claro que apenas ha lugar para «chachas» cuando el módulo para el contrato de alquiler de una vivienda son los metros cúbicos o cuadrados.

—factores psicológicos sociales, tales como el prestigio social de «tener servicio», su significación como signo de condición económicosocial (*status* socioeconómico), etc.

### III. UNIDAD Y ALTERIDAD COMO SUPUESTOS DE SU SITUACIÓN SOCIAL

1. ANÁLISIS DE SU SITUACIÓN EN LA FAMILIA.—Como hemos indicado, la chica de servir vive con una familia; pero sin llegar a vivir en una familia. El análisis de esta relación ofrece las siguientes características, que hacen de la «tata» un ser extraño a la familia, a pesar de su vinculación a ella, y no sólo por su origen, sino también por su función y situación internas:

A) Tiene una función meramente ejecutiva, mecánica, contraponiéndose en este aspecto al «ama de llaves», también asalariada para servicios domésticos, pero a quien corresponde una función directiva. Esta realización mecánica de faenas cotidianamente repetidas no es incompatible con dotes de iniciativa personal, pero siempre sin salirse de la esfera ejecutiva o sólo tratándose de caso muy excepcional.

B) Cuando la señora coopera de algún modo en los trabajos de la casa corresponden a la chica los de rango más inferior.

C) La comida en común es la expresión visible y permanentemente repetida de la unidad de la familia. En la elemental división de tareas de la familia cada cual tiene su función: el marido va a su trabajo, la mujer se ocupa de la casa, los hijos acuden a sus deberes escolares o quizá al ejercicio de sus profesiones; ello hace que durante la jornada estén separados para reunirse de nuevo a la hora de la comida en torno a una mesa en la que cada cual tiene su puesto. Esta significación de la comida como expresión visible de la unidad y comunidad de la familia, así como la significación social de la comida en la misma mesa, ha sido debidamente destacada por los sociólogos para que tengamos que insistir más en ello. Lo interesante es que de este acto capital y genuino la «chacha» está excluida como miembro activo: come aparte y precisamente unos alimentos diferenciados bien por sus ingredientes y condimentación (en casas de varios criados), bien por su pre-

via separación de los de los señores, bien por su separación posterior; es decir, como resto de lo servido en la mesa familiar.

D) En la casa hay dos espacios claramente delimitados: el de los señores y el de las «chicas». Mientras que los miembros de la familia pueden moverse por todas las habitaciones, las «tatas» están reducidas—abstracción de los actos de servicio— a la cocina, a su habitación y eventualmente a su cuarto de aseo y a otras dependencias para el trabajo, como habitación de plancha, etc. En algunas viviendas la diferenciación espacial se acentúa en cuanto que la servidumbre duerme o realiza parte de sus faenas en piso descalificado desde el punto de vista de la jerarquía de las plantas que componen una casa (semisótano, buhardilla, mansarda).

E) Por último, la diferenciación con los demás miembros de la familia tiene su expresión visible en el «uniforme». Ciertamente tal uniforme puede obedecer a diversas motivaciones (exigencias sociales, más agradable presentación, vanidad, interés económico de la propia sirvienta), pero en todo caso su resultado objetivo es patentizar una diferenciación.

2. FORMAS CAPITALES DE INORDINACIÓN.—Este análisis ha tenido como objetivo mostrar la tensión que se da en las «chicas de servir» entre la inordinación en una familia y su extrañeza a la misma, entre la simultánea situación de unidad y de alteridad que caracteriza a esta relación social. Ambos polos están siempre presentes, pero siempre también predomina uno u otro, y de este modo la situación de la «chica de servir» en el seno de la familia puede tomar dos tipos de formas que podemos denominar como comunitarias y societarias, y que acentúan, respectivamente, la inordinación y la extrañeza:

A) La relación comunitaria se caracteriza por una mayor integración recíproca entre la familia y la servidumbre, y que se manifiesta generalmente, con las siguientes notas: las sirvientas duran muchos años y frecuentemente son reclutadas entre gentes unidas a la familia por algún lazo previo de dependencia, por ejemplo, hijas de colonos o de obreros de fincas propiedad de la familia; esta duración y esta vinculación previa producen otra serie de relaciones peculiares de las formas comunitarias. En primer lugar, la familia se responsabiliza de todos los aspectos de la vida de su servidumbre, vela por su moral y por su religiosidad, interviene en la elección de novio, incluso otorga una pequeña dote, etc.; es

frecuente dejarle una «manda» en el testamento, a la vez que, al menos en alguna región de España, no es raro que la criada que muere en la casa instituye heredero de sus ahorrillos a un miembro de la familia de los señores; la edad y la antigüedad otorgan jerarquía frente al resto de la servidumbre e incluso frente a la familia, atribuyéndose el derecho a regañar y dar su opinión sobre asuntos familiares, convirtiéndose en «métome en todo», «meticonas» o «metijosas». En fin, en su forma más pura, se trata de un cambio de la familia natural por la de los señores.

B) Pero es patente que la forma comunitaria está en curso de extinción, que no sólo no es posible en la sociedad actual, sino también que a ninguna de las partes le interesa mantenerla. Lo que hoy predomina es la situación que podemos llamar societaria, y que se caracteriza por la acentuación de la distancia sociológica —del espacio social en el sentido de Wiese—, de manera que el factor extrañeza pasa a primer plano. No hay una vinculación esencial con la familia, sino un vínculo calculado, de mero fin utilitario y cada vez menos neutralizado por factores de índole irracional (cariño, tradición, respeto genuino); la relación tiende a agotarse en el mero contrato de servicios, los deberes y derechos tienden a adquirir formulación precisa, se acentúa el sentimiento de los «otros» en lugar del «nosotros» de la forma comunitaria y, consecuentemente, el resentimiento y el antagonismo frente a los señores está siempre latente, manifestándose en ciertas formas elementales de lucha, como, por ejemplo, la sisa, los latrocinios, la venganza en los niños, etc. Se trata de una situación de transición hacia la obrera doméstica.

#### IV. EL YO COLECTIVO

En su conjunto, las «chicas de servir» forman un núcleo de gentes dominado por unos rasgos comunes, a saber: su extracción u origen (generalmente campesino), su función (tareas domésticas), el marco para su despliegue vital (inordinación más o menos laxa en una familia) y sus antagonismos (los señores). Por otra parte, tienen entre ellas un contacto permanente en una serie de lugares precisos (la escalera, la tienda, las calles del barrio, el mercado, el baile, el paseo, etc.). De esta situación deriva una se-

rie de consecuencias importantes para la formación y características de su yo colectivo y para su significación como grupo social:

A) Por de pronto, se da en ellas la superposición brusca de dos tipos de civilizaciones. Nacidas y criadas en el seno de una civilización o forma de vida rural, el hecho de pasar a vivir como sirvientas bajo el mismo techo de una familia hace que tomen contacto de lleno con las formas de civilización ciudadana, a las que estiman como valiosas por el simple hecho de ser las de los señores y las de la ciudad. Consecuentemente, nace de modo inmediato la tendencia no tanto hacia la acomodación como hacia la rápida adquisición de esas formas de civilización. Mas la actualización subjetiva de determinadas formas de vida es algo lleno de matices, de sutilezas, de detalles, en fin, de esencias que están escondidas tras las manifestaciones exteriores, y cuya realización exige, ante todo, naturalidad, la cual sólo se adquiere mediante una larga experiencia, mediante una lenta formación. Cuando se carece de tal formación, y, consecuentemente, de naturalidad, se toma el rábano por las hojas, no se percibe más allá de la pura manifestación externa y se trata de suplir la penetración en la esencia por la acentuación de los rasgos externos y exageración de las formas. Esta brusca superposición de dos civilizaciones o formas de vida es lo que explica la preferencia de las chicas de servir por los colores acentuados, los vestidos de corte atrevido, los perfumes fuertes, los broches llamativos, etc., etc. Por supuesto no se trata más que de un caso particular del género de los *parvenus*, similar, por ejemplo, al de los «nuevos ricos».

B) La homogeneización que se expresa en las notas enunciadas al comienzo de este apartado hacen de las sirvientas un grupo social específico y dotado, por consiguiente, de ciertas características peculiares.

En primer lugar, tal homogeneidad de situación está neutralizada por su inordinación en el seno de una familia. Y del mismo modo que la superposición de la civilización ciudadana a la rural nos ha abierto camino para la comprensión de algunos aspectos de sus formas de vida, así también la tensión entre su homogeneidad de situación y la vinculación a una familia nos pueden explicar otras características de su naturaleza como grupo. Ante todo, no tienen frente a sí un antagonista individual o colectivamente preciso, sino una pluralidad de antagonistas, que en su conjunto no

forma grupo social. Frente a su yo colectivo no se opone otro yo colectivo. El «otro», en este caso, no es una persona concreta, como el patrono para un conjunto de obreros o la «burguesía» para el proletariado, o los «blancos» para la gente de color; es decir, grupos sociales dotados de entidad propia, unidos por cierta solidaridad y comunidad de intereses y poseyendo una unidad más o menos firme, sino algo completamente heterogéneo, impreciso, sin comunidad entre sí y carente de unidad sustantiva: los «señores», o como creo que comienzan a decir algunas, la «señorumbre». Por eso, y por la peculiaridad misma de su trabajo, son muy difíciles para las «chicas de servir» las formas colectivas de lucha frente a sus antagonistas, de modo que sus antagonismos han de resolverse en una pluralidad de formas elementales de lucha individual. Y de aquí también que todo intento de sindicarse a las «tatas» esté, en principio, llamado al fracaso y que las medidas de política social a su favor sean de muy difícil aplicación, aunque, quizá, si fuera posible un seguro protector de enfermedad y vejez.

Por otra parte, su mismo yo colectivo está neutralizado por la repetida inordinación en una familia, ante la que nunca tienden a sentirse completamente extrañas mientras no se conviertan en obreras domésticas. De este modo, y frente a sus compañeras, tienden a sentirse como irradiando a ellas la dignidad, el brillo y la condición social de la familia a que sirven, de modo que establecen una jerarquía no sólo en función de sus conocimientos y especialidad (cocineras, primeras y segundas doncellas, amas, niñeras, «para todo», etc.), sino ante todo, o en relación con ello, en función de las familias concretas a las que están vinculadas. De aquí que sean un ejemplo de grupo social con escasa trabazón interna y sin conciencia colectiva, aunque sí con más rasgos psicológicos comunes.

M. GARCÍA-PELAYO